

Novena a San Ignacio de Loyola

(Se recomienda rezarla desde el 22 al 30 de julio –un día antes de la fiesta del Santo–)

1. COMENZAR CON LA SEÑAL DE LA CRUZ, Y EN LO POSIBLE CON UNA VISITA AL SANTÍSIMO.
2. LUEGO SE HACE LA LECTURA CORRESPONDIENTE A CADA DÍA.
3. SIGUE EL REZO DE LAS 'LETANÍAS DE SAN IGNACIO'.
4. EN EL REZO COMUNITARIO PUEDE CONCLUIRSE CON EL CANTO DEL HIMNO A SAN IGNACIO.



LETANÍAS DE SAN IGNACIO

Señor, ten piedad. *Señor, ten piedad.*
Cristo, ten piedad. *Cristo, ten piedad.*
Señor, ten piedad. *Señor, ten piedad.*
Jesucristo, óyenos. *Jesucristo, óyenos.*
Jesucristo, escúchanos. *Jesucristo, escúchanos.*
Dios Padre Celestial, *ten piedad de nosotros.*
Dios Hijo Redentor del mundo, *ten piedad de nosotros.*
Dios Espíritu Santo, *ten piedad de nosotros.*
Santa Trinidad, un solo Dios, *ten piedad de nosotros.*
Santa María, concebida sin pecado original, *ruega por nosotros.*
San Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús,
San Ignacio, celosísimo del culto a María,
San Ignacio, destructor de las herejías,
San Ignacio, socorro de la Iglesia militante,
San Ignacio, que has hecho revivir la práctica de los Sacramentos,
San Ignacio, fuerza de los que combaten por la fe,
San Ignacio, sostén de la juventud,
San Ignacio, vaso de elección para llevar el nombre de Jesús,
San Ignacio, defensor de la religión católica,
San Ignacio, enemigo declarado del vicio,
San Ignacio, propagador de las verdades evangélicas,
San Ignacio, ardentísimo para la mayor gloria de Dios,
San Ignacio, templo de la paz y de la Verdad,
San Ignacio, imitador de los trabajos de Jesucristo,
San Ignacio, lumbrera y gloria del mundo cristiano,
San Ignacio, director prudente de las almas,
San Ignacio, esclarecido maestro de la vida espiritual,
San Ignacio, autor de los Ejercicios Espirituales,
San Ignacio, pronto para perdonar las injurias,
San Ignacio, severo examinador de tus pensamientos y de tus acciones,
San Ignacio, espejo de la piedad verdadera,
San Ignacio, prodigio de humildad,
San Ignacio, tú que has dado la salud a los enfermos,
San Ignacio, tú que has dado la vida a los muertos,
San Ignacio, tú que has hecho un gran número de milagros,
San Ignacio, tú que has corrido en busca de almas extraviadas,
San Ignacio, refugio de los desgraciados,
San Ignacio, consuelo de los afligidos,
San Ignacio, abrasado en el amor divino,
San Ignacio, abanderado de la obediencia,
San Ignacio, protector admirable de la castidad,
San Ignacio, gran amador de la pobreza,
San Ignacio, celosísimo de la salvación de las almas,
San Ignacio, terror de los demonios,
San Ignacio, modelo de todas las virtudes,
San Ignacio, prevenido de inspiraciones divinas,
San Ignacio, iniciado en los misterios de la Santísima Trinidad,
San Ignacio, celosísimo por el culto de los Santos Ángeles,
San Ignacio, apóstol a causa de tu solicitud por las almas,
San Ignacio, profeta por la gracia y por el espíritu,
San Ignacio, mártir por la austeridad de la vida,

-Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,

-perdónanos, Señor.

-Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,
-escúchanos, Señor.

-Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,
-ten piedad de nosotros.

-Ruega por nosotros, San Ignacio.

-Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Cristo.

Oremos: ¡Oh Dios! Que para propagar la mayor gloria de tu nombre fortaleciste a tu Iglesia militante, por medio de San Ignacio, con un nuevo refuerzo: concédenos que, combatiendo en la tierra con su auxilio y a su imitación, merezcamos ser con él coronados en el cielo. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

LECTURAS PARA CADA DÍA DE LA NOVENA¹

Lectura para el primer día:

Hay todo un misterio que envuelve a ese gigante en santidad, llamado Ignacio de Loyola, razón por la cual es tan poco y mal conocido, tan odiado por los hijos de las tinieblas y tan "impopular" para el ambiente de mediocridad y superficialidad, que caracteriza a la sociedad actual.

¡Ignacio de Loyola!

Estamos ante un verdadero prodigio de la naturaleza y de la gracia, ante una personalidad tan viril como exquisita, adornada de cualidades naturales fuera de lo común, y de dones sobrenaturales por los que ascendió como águila hasta las cumbres de la vida mística; y todo ello como encubierto por un velo de austeridad, de humildad y de silencio que nos deja maravillados y perplejos, con un deseo irresistible de penetrar en su interior y, al mismo tiempo, con una amarga sensación de impotencia.

¡Porque san Ignacio es un monumento a la grandeza, su heroísmo alcanza una dimensión realmente patética, y su amor a Dios, junto con el desprecio de sí mismo, llega hasta la "locura"!

Al contemplar su hierática figura, se siente la presencia fuerte y trascendente de "la su divina Majestad": Por eso san Ignacio es la encarnación viviente de la Realeza de Cristo.

Con el tiempo, aquel ilustre y bravo gentilhomme de la corte de los Reyes Católicos, se convierte, tocado de la gracia, en andante peregrino; el peregrino se convierte en santo; y el santo en fundador y reformador, incluso, en profeta para nuestro tiempo.

Dentro del gigante se esconde el niño; dentro del pordiosero, el noble hidalgo; dentro del guerrero, el poeta; dentro del solitario, el apóstol; dentro del asceta, el místico; dentro del fundador, el padre amorosísimo.

A medida que nos adentramos en las profundidades de esta alma hermosa, la admiración se convierte en devoción y, finalmente, la devoción en ternura.

Es necesario tiempo para llegar, con la divina gracia, a una santa familiaridad con "el padre maestro Ignacio" (como le llamaban sus primeros compañeros) y descubrir esa dulce, amorosa y fecunda paternidad, de la cual participamos, aunque remotamente y por vía indirecta, quienes nos gloriarnos de ser también sus hijos.

San Ignacio guardó varios "secretos" que llevó consigo a la tumba, por "culpa" de su excesiva (¡y envidiable!) humildad... como, por ejemplo (antes de su conversión) el nombre de aquella excelsa dama de sus amores (cosa, por lo demás, sin mayor importancia); una vez convertido, el impresionante raptó de Manresa, que duró una semana; y, al final de su vida, las misteriosas "loquelas" o comunicaciones divinas durante la celebración de la santa Misa.

No obstante el carácter reservado de Ignacio, su profunda humildad, y la parquedad en palabras para comunicar su experiencia de Dios, hay muchos, muchísimos tesoros para explorar...

Y es lo que vamos a intentar a continuación, comenzando, a modo de introducción, por analizar el **substrato geográfico, histórico y psicológico** de nuestro Santo, que nos ayudará a captar mejor su

¹ Los textos han sido extractados del artículo "San Ignacio de Loyola o el amor loco de Dios" del R. P. José Luis Torres-Pardo C.R.

Siglas de las obras de San Ignacio: A: Autobiografía - D: Diario espiritual - E: Ejercicios Espirituales.

personalidad, su santidad y su actividad, reducidas a una resplandeciente unidad.

Íñigo de Loyola vio a luz los primeros años de su infancia en la casa-torre de la villa de Azpeitia (al norte de España), rodeada de montañas y de abundante vegetación, henchida de aire puro y aislada de la civilización urbana... en suma, un lugar ideal para la vida contemplativa y la pureza de costumbres.

Junto al caserío de los Loyola se hallaba una ermita, a la cual solía acudir el pequeño Ignacio para rezar a los pies de la Virgen nuestra Señora y a la cual, según la tradición, saludaba con una "Salve" siempre que pasaba delante de ella.

En ese ambiente señorial y caballeresco, entre piedras recias y grandes muros, admiraría con orgullo los trofeos y recuerdos bélicos, las espadas y escudos de armas de las hazañas logradas por sus antepasados...

En la capilla del castillo, lujosamente adornada, veneraría las tradicionales reliquias de los santos, y, en particular, un bello cuadro de la Anunciación del Ángel a nuestra Señora, regalo de la muy católica reina Isabel.

En la nutrida biblioteca no podrían faltar los clásicos libros de piedad, como las meditaciones de la vida de Cristo, la vida de los santos, el Tomás de Kempis y otros por el estilo, testigos de la educación profundamente religiosa que recibió san Ignacio en su niñez.

En cuanto al **ambiente histórico**, el Santo nace en la "época grande", el "siglo de oro" español, del cual fue, tal vez, la más viva personificación, junto con otros colosos en santidad, de aquella España imperial y eterna, cuna de héroes, de artistas y de santos.

Sirvió en su mocedad como gentilhombre del virrey de Navarra y como paje en la corte de los Reyes Católicos, y del gran emperador Carlos V.

San Ignacio nace "a caballo" entre dos edades: la media y la moderna, como un símbolo de la síntesis entre la sagrada tradición y el verdadero progreso.

Es el representante genuino de la auténtica Reforma de la Iglesia y de la consiguiente Contrarreforma (frente a la pseudorreforma de Lutero, de Calvino, de Erasmo y de Enrique VIII de Inglaterra), dentro del marco imponente del sacrosanto Concilio de Trento, para cuya magna asamblea nombró como teólogos, a pedido del Papa, a tres de sus hijos más calificados.

Es la época de la reconquista de Granada a la Media Luna y del descubrimiento, conquista y evangelización de la América hispana.

Es la época de la Cristiandad y de las Cruzadas, la época en la que la Iglesia en España daba a luz a tres ínclitas órdenes religiosas: Dominicos, Carmelitas reformados y los hijos de san Ignacio.

¡Toda España como un hervidero, un volcán, un Pentecostés de fe, de fervor, de sabiduría, de arte y belleza, de expansión misionera!

En aquel clima de ideales, de creatividad y de grandeza, fue Dios preparando, templando, adiestrando al caballero Íñigo de Loyola, para una misión trascendental, que marcaría nuevos rumbos a la historia de la Iglesia y de la humanidad.

Tenía razón el célebre historiador Menéndez y Pelayo al afirmar que "ningún caudillo, ningún sabio, influyó más poderosamente en el mundo". Y que "si América es católica y otra media Europa no es también protestante, a él (san Ignacio) principalmente se debe".

Lectura para el segundo día:

Detengámonos ahora en el **aspecto psicológico** o humano de san Ignacio.

Podríamos sintetizarlo en cinco rasgos característicos:

a) En primer lugar, el **caballero**.

Dice "el peregrino", al comienzo de su Autobiografía, que "hasta los veintiséis años de su edad fue hombre dado a las vanidades del mundo y principalmente se deleitaba en ejercicio de armas, con un grande y vano deseo de ganar honra" (A 1)... y que "era muy dado a leer libros mundanos y falsos, que suelen llamar de caballería" (A5).

Defendió heroicamente el sitio de Pamplona contra los franceses, siendo gravemente herido. Cual otro Jacob, herido por el ángel de Dios; o corno Saulo, reprendido por Jesús, camino hacia Damasco, nuestro Ignacio fue igualmente herido por una bala de cañón en su pierna derecha, pero mucho más herido de amor por la gracia santificante, hasta el total olvido de sí mismo para ser olvidado y entregarse a los demás.

Una vez repuesto y convertido, "fuese su camino a Montserrat, pensando, como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios... y así se determinó de velar sus armas toda

una noche, sin sentarse ni acostarse, mas a ratos en pie y a ratos de rodillas, delante del altar de nuestra Señora de Montserrat, adonde tenía determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo... Y después de hecha oración y concertado con el confesor, se confesó por escrito generalmente, y duró la confesión tres días; y concertó con el confesor que mandase recoger la mula, y que la espada y el puñal colgase en la iglesia, en el altar de nuestra Señora" (A 17).

"La víspera de nuestra Señora de marzo, en la noche, el año de 22, se fue lo más secretamente que pudo a un pobre, y despojándose de todos sus vestidos, los dio a un pobre, y se vistió de su deseado vestido (de peregrino) y se fue ahincar de rodillas delante del altar de nuestra Señora; y, unas veces de esta manera, y otras en pie, con su bordón en la mano, pasó toda la noche" (A 18).
¡Así fue investido como loco caballero del amor, al servicio de su Rey eterno y Señor universal!

*Cruz y fierro, la tradición cristiana,
desde su origen prístino reunía
el ascetismo y la caballería
en equilibrio de sapiencia humana.*

Admirador, servidor y defensor, durante varios años, de los reyes de Espada, y tocado de la divina gracia, fue un apasionado por el supremo ideal de "conquistar todo el mundo y todos los enemigos" (E 95), a las órdenes de Cristo Rey, y así entrar en la gloria del Padre.

"Si alguno no aceptase la petición de tal rey -dice san Ignacio- ¡cuánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero!" (E 94).

En la segunda adición de la primera semana de los Ejercicios, "cuando me despertare -dice- **trayéndome en confusión de mis tantos pecados, poniéndome** ejemplos, así como si un caballero se hallase delante **de su rey y de toda su corte, avergonzado** y confundido en haberle mucho ofendido, de quien primero recibió muchos dones y muchas mercedes" (E 74).

¡La verdad es que san Ignacio nació para ser caballero, y lo fue durante toda su vida!

"Caballero alistado entre las tropas auxiliares de la caballerosa Iglesia militante, para luchar en caballerosa lid sobre la tierra por la corona del cielo... es el caballero cruzado, que acaricia como el sueño dorado de su vida reconquistar la Tierra Santa, no con las armas terrenas de la sangre, sino con las armas cristianas del amor" (E. Przywara).

Huérfano de madre, siendo niño aún, y de padre, a los dieciseis años, tuvo que asumir la soledad, hacerse fuerte, defenderse por sí solo, todo lo cual contribuyó a forjarse -como atestigua el padre Polanco, su secretario- "un temperamento recio y valiente y más aún animoso para acometer grandes cosas".

En una carta preciosa sobre la perfección religiosa, dirigida a sus hijos, los hermanos estudiantes de Coimbra, les dice, entre otras cosas:

"Pero sobre todo querría os excitare el amor puro de Jesucristo y deseo de su honra y de la salud de las ánimas, que redimió, pues sois soldados suyos con especial título y sueldo en esta Compañía. ¡Oh, cuánto es mal soldado a quien no bastan tales sueldos para hacerle trabajar por la honra de tal Príncipe!"

Oigamos ahora a Papini en estas jugosas reflexiones:

"A la imitación de los guerreros sucederá en Ignacio la imitación de los santos; pero ¿no son acaso héroes los unos y los otros, es decir, hombres capaces de cosas grandes, de victorias difíciles, y que están por encima de la plebe de los mediocres? Don Quijote salió, a fuerza de leer las novelas de caballería, caballero andante, fuera de juicio y de época; en cambio, san Ignacio salió más cuerdo, más preparado para convertirse en caballero andante de la Virgen y de Jesús, en campeón del Rey de reyes.

Al igual que todas las almas grandes, Ignacio no podía encontrar satisfacción sino en la grandeza, y no la encontró sino donde esa grandeza es inmensa y eterna, en los brazos de su Dios, en la milicia de la máxima majestad".

Con sentido jerárquico, a fuer de buen caballero, propone tres coloquios al final de la meditación de las dos banderas, acudiendo a los "mediadores" (la Virgen y Cristo) para llegar al Padre.

Lectura para el tercer día:

El segundo aspecto del carácter de san Ignacio es el **romántico** (bien entendido), quiero decir, el hombre de gran corazón, dotado de una sensibilidad exquisita y de una enorme capacidad de amor (que procuraba ocultar bajo un velo de austeridad y de humildad), junto con un finísimo y penetrante sentido estético de la vida, entusiasta de las bellas artes, en especial, de la música y de la poesía, y en sus años mozos, galán cortejador de lindas mujeres, enredado en amores y amoríos.

Oigamos al mismo Ignacio:

"Y de muchas cosas vanas que se le ofrecían, una tenía tanto poseído su corazón, que se estaba luego embebido en pensar en ella dos y tres y cuatro horas sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, los motes, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio. Y estaba con esto tan envanecido que no miraba cuán imposible era poderlo alcanzar; porque la señora no era de vulgar nobleza, no condesa ni duquesa mas era su estado más alto que ninguno de estos" (A 6).

Estas escuetas palabras de su Autobiografía dejan traslucir el romanticismo apasionado que embargaba su alma caballeresca, trayéndonos a la memoria la figura legendaria del hidalgo caballero Don Quijote de la Mancha en sus sueños con su dulce Dulcinea, la dama de sus pensamientos.

Mas la gracia supo hacer un trueque magnífico: en adelante, dando al olvido todo el pasado, la única Dama de sus amores será la Virgen Santísima, "la Señora", como él solía llamarla caballerosamente.

Ya desde niño le habían inculcado la devoción tierna la Madre de Dios.

Durante su convalecencia, a raíz del sitio de Pamplona, "estando una noche despierto vio claramente una imagen de nuestra Señora con el santo Niño Jesús, con cuya vista, por espacio notable recibió consolación muy excesiva, y quedó con tanto asco de la vida pasada, y especialmente de cosas de carne, que le parecía habersele quitado del ánima todas las especies que antes tenía en ella pintadas" (A 10).

¡Y qué hermoso detalle aquel de escribir en un cuaderno las palabras de Cristo con tinta colorada y las de nuestra Señora con tinta azul! (cfr. A 11).

Le encantaba la naturaleza, disfrutaba contemplando una flor, un pájaro, un insecto...

Pero "la mayor consolación que recibía era mirar el cielo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por mucho espacio, porque con aquello sentía en sí un muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor" (A 11).

Su recio corazón se sentía más y más inundado del amor a Dios, hasta deshacerse en abundancia de suspiros, lágrimas y sollozos, con inefable consuelo y gozo sobrenatural. Las páginas de su Diario (las pocas que se conservan) están como empapadas en lágrimas.

Con el tiempo, el amor a Dios comenzó "a salir de razón" (como diría Santa Teresa), transformándose en "locura" divina...

El mismo lo confiesa más de una vez ingenuamente, diciendo, por ejemplo, que "por su natural, deseaba ir desnudo, con plumas y todo, para ser tenido por loco..."

Un hermano lego benedictino del monasterio de Montserrat calificó a san Ignacio dando testimonio de que "aquel peregrino era loco por nuestro Señor Jesucristo".

Lectura para el cuarto día:

En tercer lugar, hay que destacar su espíritu tremendamente **reflexivo**, ponderativo, introspectivo (no "introvertido"), analítico, discreto.

"El peregrino -escribe él en tercera persona- **se paraba a pensar** en las cosas que había leído; otras veces, en las cosas del mundo, que antes solía pensar" (A 6).

"...razonando consigo... y así discurría por muchas cosas que hallaba buenas... duraban también estos pensamientos buen vado... y en ellos también se paraba grande espacio... deteniéndose siempre en el pensamiento que tornaba... leyendo la vida de nuestro Señor y de los santos, se paraba a pensar, razonando consigo..." (A 7).

Expresiones típicas tuyas como "reflexionar", "considerar", "advertir", "sentir", "conocer", "deliberar", "mirar donde más la razón se inclina", "según la mayor moción racional y no moción alguna sensual",... las encontramos reiteradamente en sus escritos.

San Ignacio daba una importancia extraordinaria al examen de conciencia, no sólo como "acto" de piedad sino como "actitud" habitual de auto-control de pensamiento, palabras y acciones.

Ya en la primera anotación de los Ejercicios, nombra el examen en primer lugar: "Por este nombre, ejercicios espirituales, se entiende todo modo de examinar la conciencia..." (E 1).

Inmediatamente después del "Principio y fundamento" habla in extenso del "examen particular y cotidiano" acerca del "pecado particular o defecto (dominante) que se quiere corregir y enmendar" (E 24), así como también del "examen general de conciencia para limpiarse y para mejor se confesar" (E 32).

Tanta importancia le da el Santo al examen de conciencia, que nunca lo excluye, ni siquiera cuando recomienda los ejercicios "leves" a quienes son rudos, sin letras o de poca capacidad natural (cfr. E 18), o también "al que estuviere embarazado en cosas públicas o negocios convenientes, sea letrado o ingenioso" (E 19).

Es así, entrando dentro de sí mismo, como fue descubriendo el complejo mecanismo interior del discernimiento de espíritus, de cuya experiencia llegaría a ser un maestro consumado.

Al principio de su conversión "no miraba en ello, ni se paraba a ponderar esta diferencia, hasta en tanto que una vez se le abrieron los ojos y empezó a maravillarse de esta diversidad y a hacer reflexión sobre ella" (A 8).

De ahí nacieron las famosas "reglas para en alguna manera sentir y conocer las vanas mociones que en el alma se causan; las buenas para recibir y las malas para lanzar" (E 313-336).

El examen y el discernimiento constituyen la base de la prudencia en el obrar y del don de consejo que brillaron en san Ignacio de modo extraordinario.

Esta inclinación temperamental a la interioridad tenía que coincidir naturalmente con su afición al retiro, a la soledad y al silencio, con su admiración y nostalgia por la vida monástica.

A todo lo cual se ha de añadir su formación en la filosofía escolástica, propia de la época, basada en una lógica férrea y en un realismo metafísico enraizado en el ser.

De ahí la simplicidad y la profundidad de san Ignacio, su "ojo de lince" para abrirse paso a través de los accidentes hasta llegar al fondo de las cosas.

"En toda buena elección, en cuanto es de nuestra parte, el ojo de nuestra intención debe ser simple, solamente mirando para lo que soy criado, es a saber, para alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de mi alma... no ordenando ni trayendo el fin al medio, mas el medio al fin" (E 169).

Así comienza el "preámbulo para hacer elección".

Las reglas de elección no son sino la aplicación práctica y concreta del Principio y fundamento, es decir, el plan salvífico de Dios, escrito escuetamente en estilo silogístico, aunque, evidentemente, sobre un trasfondo bíblico implícito.

¡Es la lógica de la razón y de la fe, llevada hasta sus últimas consecuencias!

San Ignacio es el hombre de principios de la razón práctica, así como santo Tomás lo fue de la razón especulativa.

Su amor apasionado a la verdad se traduce en defensa valiente de la ortodoxia católica y en lucha incansable contra el error y la herejía.

Por eso alaba, no sólo a los santos Padres, sino también a los doctores escolásticos (en primer lugar a santo Tomás), de los cuales es más propio "el definir o declarar para nuestros tiempos acerca de las cosas necesarias a la salud eterna y para más impugnar y declarar todos errores y todas falacias" (E 363, regla 11 para sentir con la Iglesia).

Esta profundidad (no digo erudición) doctrinal es fruto no sólo del don de sabiduría, sino también de la potencia de reflexión de san Ignacio, que en él era innata.

Un último ejemplo: en la introducción a los modos de orar, san Ignacio, sin querer, se pinta a sí mismo cuando escribe: "Antes de entrar en la oración repose un poco el espíritu, asentándose o paseándose, como mejor le parecerá, considerando a dónde voy y a qué" (E 239).

¡Es la actitud ideal para encontrar la verdad y obrar rectamente!

Lectura para el quinto día:

La cuarta nota a destacar es su **voluntad** de hierro, verdaderamente impresionante, con todo lo que implica de decisión, libertad de espíritu, determinación, constancia, paciencia, tenacidad, fortaleza, aguante, perseverancia, que culmina en el heroísmo, más aún, en la más alta santidad.

"Todo gran santo es un héroe, pero en san Ignacio el tema heroico adquiere una realidad y una grandeza patéticas" (G. Marañón).

Baste recordar su defensa casi temeraria del sitio de Pamplona "aunque contra el parecer de todos los caballeros, los cuales se exhortaban mutuamente con su ánimo y esfuerzo... y así cayendo él (herido gravemente) los de la fortaleza se rindieron luego a los franceses" (A 1-2).

Pero no quedó aquí la cosa, pues tuvo que soportar estoicamente, por dos veces una operación insoportable en la pierna malherida... "e hizose de nuevo -escribe él- esta carnicería, en la cual, así como en todas las otras, que antes había pasado y después pasó, nunca habló palabra (de queja) ni mostró otra señal de dolor, que apretar muchos los puños" (A 2).

¡Y qué decir de sus largos y repetidos viajes, solo y a pie o a caballo, incluso ya con la salud quebrantada!

¡Y las "locuras" de su mendicidad y de sus penitencias que acabaron por arruinar su cuerpo robusto!

¡Y el tesón ineludible para llevar a término, sin desviarse ni dejarse influir por nadie, lo que consideraba ser voluntad de Dios!

En el fondo de su alma late la pasión por "lo que más" glorifica a Dios, e, inversamente, la repugnancia como instintiva por lo mediocre, lo vulgar, lo insubstancial.

El "voluntarismo ignaciano" no se opone (¡todo lo contrario!) al espíritu sobrenatural, sino a toda forma de "sentimentalismo" tan irracional como superficial.

En definitiva, es la voluntad (ayudada de la gracia y de la sensibilidad) la que "quiere" (o "no quiere") seguir a Cristo y conformarse con la divina Voluntad, por encima de todos los obstáculos, "solamente mirando para lo que soy creado, es a saber, para alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de mi alma" (E 169).

Amar es querer, por encima y, si es necesario, en contra de la sensibilidad, pues se trata de amor "humano", es decir, racional, más aún sobrenatural, llamado caridad.

Y como el amor consiste en dar todo y darse totalmente, de ahí la magnanimidad, la largueza, la generosidad del corazón de san Ignacio, que culmina en el "éxtasis de amor" de (lo que él llama) la "tercera manera de humildad".

Por eso, en la quinta anotación de los Ejercicios aconseja así al ejercitante: "Mucho aprovecha entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad con su Creador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad, para que su divina Majestad, así de su persona como de todo lo que tiene, se sirva conforme a su santísima voluntad" (E 5).

Esta disponibilidad inicial y total se concretará después en la solemne y heroica "oblación" o juramento a Cristo Rey, "eterno Señor de todas las cosas", diciendo: "Yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada..." (E 98), de la meditación del Reino.

Para vencer los afectos desordenados "muy conveniente es moverse, poniendo todas sus fuerzas, para venir al contrario de lo que está mal afectada..." (E 18).

Es típica de san Ignacio la expresión "agere contra" (obrar contra), es decir, inclinarse con esfuerzo a lo que contraría a las tentaciones y apetitos desordenados, pidiendo en la oración la ayuda de la gracia (E 157), para conformar nuestra voluntad con la de Dios (E 180), "porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas las cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer e interés" (E 189).

Por eso el fin de los Ejercicios Espirituales es "para vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afición alguna que desordenada sea" (E 21).

El mismo esfuerzo ascético, en las contemplaciones de la sagrada Pasión: "Considerar -escribe el Santo- lo que Cristo nuestro Señor padece en la humanidad o quiere padecer, según el paso que se contempla; y aquí comenzar con mucha fuerza y esforzarme en doler, tristar y llorar, y así trabajando por los otros puntos que se siguen" (E 195).

Y en las contemplaciones de los misterios de gloria, lo mismo, "queriéndome afectar y alegrar de tanto gozo y alegría de Cristo nuestro Señor" (E 229).

Para san Ignacio la santidad no es otra cosa sino querer lo que Dios quiere. Por eso muchas veces concluía sus cartas pidiendo a Dios "gracia cumplida para que su santísima voluntad siempre sintamos y aquella perfectamente la cumplamos".

En definitiva: ¡es cuestión de voluntad tensa, de esfuerzo perseverante y de lucha a muerte contra mundo, demonio y carne!

Lectura para el sexto día:

El quinto aspecto a destacar es, de alguna manera, consecuencia de los anteriores: me refiero al carácter "**seductor**" de san Ignacio, calificativo con que muchos le llamaban (y no sólo a él, sino también a sus primeros compañeros).

Ciertamente que en él había "algo", un "don de gentes", un "carisma" (como diríamos hoy), que asombraba, atraía y cautivaba, no sólo por su santidad (¡lo cual se da por supuesto!) sino antes incluso de su conversión, por ciertas raras dotes naturales...

Basta leer la historia de su vida para percatarnos de ello.

El mismo lo reconoce al comienzo de su Autobiografía, relatando la célebre batalla de Pamplona... convenciendo al alcaide, "contra el parecer de todos los caballeros, de que debían defender la fortaleza contra los franceses, los cuales (caballeros) se confortaban con su ánimo y esfuerzo" (A 1), de tal manera, sin embargo, que "cayendo él, los de la fortaleza se rindieron" (A 2).

San Ignacio... ¡el "seductor"!

Muy bien lo pintó el poeta español José María Pemán, en su gran obra "El divino impaciente":

*Desmedrado, más bien mala
la presencia y la estatura;
la color, trigueña oscura,
la barba, corrida y rala,
y unos ojos de carbón
que tanto al mirar afinan
que más que ver, adivinan,
de penetrantes que son.
Por su porte y condición
a pesar de andar raído
se ve en toda su persona
la huella de quien ha sido
galán apuesto y florido,*

*Este es el hombre: madera
labrada de tan buen modo
que sabe llegar en todo
más lejos que otro
cualquiera.
Y triunfará de seguro,
que cuando en algo se
empeña,
paso a paso, bien o mal,
repartiendo por igual
la suavidad con el mando,
cojeando, cojeando,
llega siempre hasta el final.*

Pero, más aún, fue su dulce y fuerte paternidad la que sedujo y conquistó a sus hijos... ¡a tantos y tantos hijos (aun después de su muerte) a través de los siglos!

Es conmovedora, por ejemplo, la piedad filial, transida de admiración, respeto y veneración, del más preclaro de sus hijos, el gran san Francisco Javier, escribiendo a san Ignacio desde las lejanas tierras del Oriente.

Le llama "padre amorosísimo", "padre buenísimo", "padre mío único", "verdadero padre mío", "padre mío observantísimo", "padre mío de mi alma", "padre mío en las entrañas de Cristo, único..." ¡Javier escribía al padre de su alma de rodillas y con lágrimas!

"Verdadero padre mío: con lágrimas escribo, acordándome del tiempo pasado, del mucho amor que me tiene. Nuestro Señor nos junte en la gloria del paraíso y también si fuese su servicio, en esta vida presente. Esto fácilmente se puede cumplir cuando por obediencia me fuere mandado..."

Esta fue la última carta de Javier (9.1V.1552). Cuando san Ignacio le volvió a escribir, llamándole a su lado, "su menor hijo y en destierro mayor"... acababa de morir.

"Todo vuestro -le escribe san Ignacio- sin poderme olvidar en tiempo alguno".

¡Ignacio, el "seductor"!

El padre Pedro de Ribadeneira, hijo, contemporáneo y biógrafo de san Ignacio, compuso una bellísima y larga oración a su amado padre, ya fallecido, en la que deja expansionar así su corazón: "¡Padre mío dulcísimo, sacerdote santo, confesor ilustre, capitán esforzado, ministro fiel de Dios, patriarca glorioso de tantos hijos! ... Padre, a quien entre todos los amados y escogidos de

Dios, con particular amor y devoción mi ánima reverencia... a vos acudo, a vos doy voces y, postrado ante vuestros pies, en este valle de lágrimas, en este abismo de pecados y miseria, pido socorro... Pues estáis en el puerto seguro, acordaos de los que todavía navegamos por las ondas y peligros de este mar tempestuoso; y pues ya gozáis del premio de vuestras victorias y peleas, dad la mano a vuestros soldados, que están rodeados y apretados de sus enemigos..."

Este bienaventurado patriarca nos ha seducido también, ¡y de qué manera!, a quienes seguimos sus pasos y vivimos de su espíritu

Una vez convertido, el "peregrino" de Dios comenzó a recorrer el largo y arduo camino de la perfección evangélica, a través de las tres etapas: purgativa, iluminativa y unitiva, correspondientes al itinerario de las "cuatro semanas" del esquema de los Ejercicios.

En Manresa, al experimentar "las varias agitaciones y pensamientos, que los varios espíritus le traen" (E 17), se decía a sí mismo: "¿Qué nueva vida es ésta que ahora comenzamos?" (A 2 I).

"En este tiempo -escribe el peregrino- le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole..." (A 27).

Hasta que "el niño" llegó a ser el "padre maestro Ignacio", y no un simple "maestro de escuela", sino un doctor consumado en las ciencias del espíritu.

Lectura para el séptimo día:

Podríamos resumir en tres palabras toda la vida de san Ignacio. Son tres palabras típicas, que abundan en su vocabulario y que encabezan el texto del "Principio y fundamento" de sus Ejercicios:

"Alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor".

Sobre este trípode descansa todo el edificio de la vida espiritual; este es el "enfoque" de todo el magisterio Ignacio; este es el resultado del impacto que produce en el alma la experiencia de Dios.

"Alabar", con relación a Dios;

"hacer reverencia", con relación a sí mismo;

"servir", con relación al prójimo.

Alabar, hacer reverencia y servir, que, a su vez, se resumen en una sola palabra, que las contiene implícitamente: AMAR.

El amor a Dios, que es -dice san Pablo- la "plenitud de la Ley" (Rom 13,8).

El amor a Dios, que, para san Ignacio, consiste concretamente en alabarle, reverenciarle y servirle.

En efecto, la fuerte experiencia del amor de Dios produjo en el alma de san Ignacio como instintivamente una necesidad gozosa de perpetua alabanza, junto con un sentimiento de humilde reverencia y anonadamiento, y, en fin, un ansia incontenible de servir a la Iglesia y lanzarse a la salvación de las almas.

Veámoslo más detenidamente.

ALABAR.

En esta palabra, ignacianamente entendida, está condensada toda la sagrada Liturgia.

Alabar a Dios equivale a darle "todo honor y toda gloria".

Honor y gloria debidos, exigidos por su Majestad infinita.

San Ignacio quedó asombrado, seducido, extasiado por la gloria de Dios que lo envuelve, lo transforma, lo endiosa.

De ahí esa expresión suya característica de "lo que más": "...solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados" (E 23).

"A la mayor gloria de Dios" será desde el primer momento de su conversión el ideal, la vocación, la bandera del santo Capitán de Loyola.

¡Dios, antes que todo!

HACER REVERENCIA.

He aquí el segundo sentimiento que brota espontáneamente de la experiencia de la grandeza de Dios en el alma de san Ignacio.

Junto con la palabra "reverencia", repite el Santo también la expresión "acatamiento", para significar una reverencia profunda, que provoca la admiración a una persona (en este caso, Dios) a causa de su dignidad (en este caso, infinita), y que se manifiesta incluso externamente.

Viene a ser lo mismo que "rendir honor", o bien "tributar homenaje" de sumisión.

Es, en otras palabras, lo que san Pablo nos quiere decir, cuando escribe a los cristianos de Filipos (2,10):

"Al nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos; y toda lengua confiese: ¡Jesucristo es el Señor!, para gloria de Dios Padre".

San Ignacio "dobló su rodilla" toda su vida ante su "Rey eterno y Señor universal", en señal de profundísima humildad y amorosísima dependencia, provocada Por una vivísima conciencia de su propia miseria y de su **propia nada**, junto con un total aborrecimiento de sí mismo y deseos ardientes de ser despreciado y olvidado por los hombres.

Ciertamente que al hombre moderno, nacido y criado en esta época de los igualitarismos, de los populismos y de las democracias liberales, no le debe resultar nada fácil reproducir, ¡ni siquiera entender!, estos tan nobles y caballerosos sentimientos, propios de aquella "época de grandeza", como fue, sin duda, la Edad Media.

Ignacio penitente experimentó en carne viva lo que escribe en los Ejercicios: "Mirar quién soy yo, disminuyéndome por ejemplos... mirar toda mi corrupción y fealdad corpórea, mirarme como una llaga y postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan turpísima" (E 58).

HACER REVERENCIA.

He aquí el segundo sentimiento que brota espontáneamente de la experiencia de la grandeza de Dios en el alma de san Ignacio.

Junto con la palabra "reverencia", repite el Santo también la expresión "acatamiento", para significar una reverencia profunda, que provoca la admiración a una persona (en este caso, Dios) a causa de su dignidad (en este caso, infinita), y que se manifiesta incluso externamente.

Viene a ser lo mismo que "rendir honor", o bien "tributar homenaje" de sumisión.

Es, en otras palabras, lo que san Pablo nos quiere decir, cuando escribe a los cristianos de Filipos (2,10):

"Al nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos; y toda lengua confiese: ¡Jesucristo es el Señor!, para gloria de Dios Padre".

San Ignacio "dobló su rodilla" toda su vida ante su "Rey eterno y Señor universal", en señal de profundísima humildad y amorosísima dependencia, provocada Por una vivísima conciencia de su propia miseria y de su **propia nada**, junto con un total aborrecimiento de sí mismo y deseos ardientes de ser despreciado y olvidado por los hombres.

Ciertamente que al hombre moderno, nacido y criado en esta época de los igualitarismos, de los populismos y de las democracias liberales, no le debe resultar nada fácil reproducir, ¡ni siquiera entender!, estos tan nobles y caballerosos sentimientos, propios de aquella "época de grandeza", como fue, sin duda, la Edad Media.

Ignacio penitente experimentó en carne viva lo que escribe en los Ejercicios: "Mirar quién soy yo, disminuyéndome por ejemplos... mirar toda mi corrupción y fealdad corpórea, mirarme como una llaga y postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan turpísima" (E 58).

Todo envuelto en silencio, en humildad y en mansedumbre, abandonado siempre, como un niño, en la Providencia de Dios, sin defenderse, antes regocijándose de "ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido por loco, que por sabio ni prudente en este mundo" (E 167), en soledad y olvido de los hombres.

En el misterio de la Cruz ve Ignacio el misterio de la profundamente española "nada", cuyo máximo representante es san Juan de la Cruz.

"Nada", que es la réplica del alma enamorada, ante el Todo de Dios.

"Nada", hasta el "a-no-nada-miento", muriendo en acto de "servicio"...

¡Este fue el "secreto íntimo" del Santo!

Así se cumplió la palabra de Jesús cuando dijo: "El que se humillare será ensalzado" (Lc 18,14).

SERVIR.

Este es el tercer aspecto de la espiritualidad ignaciana, es decir, más exactamente, una mística de servicio por amor, un servicio que es amor.

Amor y servicio para san Ignacio son inseparables (cfr. E 233).

El verbo "servir" encierra una connotación marcadamente "noble" (¡no servil!) como servicio cortesano del gentilhomme Ignacio a su divina Majestad.

El amor de Cristo le empuja a darse a los demás sin miedo y sin medida, para dar a Dios la mayor gloria.

San Ignacio es el intrépido "Capitán de las milicias de Cristo" (Pío XII), de aquellos "que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal" (E 97), el cual llama a todos y a cada uno en particular diciendo: "Mi voluntad es conquistar todo el mundo y todos los enemigos y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque, siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria" (E 95).

¡Servir para conquistar!

¡El corazón de Ignacio era tan grande que cabía en él todo el mundo!

Su celo por la salvación de las almas era insaciable, a impulsos del "siempre más" amar y servir a su Rey y Señor.

He aquí, pues, la triple proyección del alma de san Ignacio: alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor: el "sacrificium laudis", el "sacrificium carnis" y el "sacrificium belli".

El amor a Cristo Rey se convierte en adoración a la divinidad, en abnegación de sí mismo y en conquista del mundo para la mayor gloria de Dios.

Lectura para el octavo día:

Demos ahora el último paso, tratando de llegar hasta el fondo del alma de san Ignacio, analizando las principales características de su vida mística: **trinitaria, cristocéntrica y mariana**, centradas en el misterio del Sacrificio de la Misa.

Entramos aquí en un mundo maravilloso, casi desconocido, un caso que bien podría denominarse insólito, gracias al fragmento de su Diario espiritual (el único escrito autógrafo que se ha conservado), verdadera joya, que nos permite vislumbrar, ¡con verdadero pasmo!, la talla espiritual de nuestro santo patriarca.

Pues bien, desde la primera línea del Diario aparece la santa Misa como la "clave" de la mística ignaciana.

Era para el Santo como el monte Sinaí, en cuya cumbre, cual otro Moisés, quedaba encubierto por la nube misteriosa de la Majestad divina.

O también como el monte Tabor, donde, como Pedro, Santiago y Juan, "veía" a Cristo transfigurado, y en Él a las tres divinas Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

O también como el monte Calvario, donde, como la Madre dolorosa, entraba en comunión con el Rey crucificado y resucitado.

Es en la sagrada Eucaristía donde el alma de san Ignacio se elevaba y recibía "como pasivamente" las inefables comunicaciones trinitarias, unas veces indistintamente las tres divinas Personas, otras muchas distintamente ya sea el Padre, o el Hijo, o el Espíritu Santo, siendo iluminado en el misterio de la circuminsesión (es decir, en la mutua inmanencia de las tres Personas divinas y entendiendo cómo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo proceden de una misma y simplicísima Esencia; y todo en transportes de encendidísimo amor y suavidad dulcísima, con sumo "acatamiento reverencial" y con interminable efusión de lágrimas...

Su devoción intensa a la Santísima Trinidad comienza a raíz de su conversión.

Intimamente unida a la mística trinitaria se ha de considerar su conocimiento y amor infusos a la persona misma de Jesús, de quien verdaderamente se había enamorado desde los comienzos de su nueva vida.

San Ignacio siente a Jesús como mediador en un doble sentido: primero, como mediador para tener acceso a la Santísima Trinidad; y después, a la inversa: como mediador enviado por la Santísima Trinidad en favor suyo.

En el primer sentido, se acentúa más la humanidad de Cristo:

"Y entrando en la capilla, en oración, un sentir, o más propiamente ver, fuera de las fuerzas naturales, a la Santísima Trinidad y a Jesús, asimismo representándome o poniéndome, o siendo mediador junto a la Santísima Trinidad, para que aquella visión intelectual se me comunicase, y con este sentir y ver, un cubrirme de lágrimas y de amor, mas terminándose a Jesús y a la Santísima Trinidad un respeto de acatamiento y más allegado a amor reverencial que a cualquier cosa contraria" (D 83).

En el segundo sentido, se acentúa más la divinidad:

"Y al escribir esto un tirarme el entendimiento a verla Santísima Trinidad y como viendo, aunque no distingue como antes, tres Personas, y en el tiempo de la Misa, al decir 'Domine Jesu Christe, Fili Dei vivi', etc., me parecía en espíritu viendo que primero había visto a Jesús, como dije, blanco, es decir, la humanidad, y en este otro tiempo, sentía en mi alma de otro modo, es a saber, no así la humanidad sola, mas ser todo mi Dios, etc., con una nueva efusión de lágrimas y devoción grande" (D 87).

El Santo celebraba muchas veces la Misa de Jesús, de cuyo nombre era devotísimo, como si lo llevase esculpido a fuego en su corazón.

"Al preparar el altar y al revestirme -dice- se me representaba el nombre de Jesús con mucho amor y con mucha confirmación, con marcada voluntad de seguirle, y todo ello con lágrimas y sollozos" (D 71).

"Mientras me preparaba para la Misa he tenido nueva devoción y mociones interiores a llorar al acordarme de Jesús" (D 80).

Su amor a Jesús llega al punto de escribir:

"Me vino el siguiente pensamiento, ¿y si Dios me pusiese en el infierno? Me figuré dos cosas: una, la pena que yo padecería allí; otra, cómo se blasfema allí su nombre (cfr. E 67). Respecto a la primera, no podía ni sentir ni ver motivo de pena. En cambio, me parecía y me imaginaba que me sería más molesto oír blasfemar su santísimo nombre" (D 132).

En síntesis, podemos decir que para san Ignacio, Jesús era como el "lugar" donde él hallaba a las tres divinas Personas, y así lo escribe en su Diario espiritual:

"Todas las devociones y los sentimientos se referían a Jesús, de manera que no podía acceder a las otras Personas, sino en cuanto la primera Persona era Padre de tal Hijo, sobre esto replicaba espiritualmente: ¡qué manera de ser Padre y qué manera de ser Hijo!" (D 72).

Finalmente san Ignacio recibe luces y consolaciones místicas acerca de y por medio de la Virgen Santísima, como mediadora para con su divino Hijo: "... y ver a la Madre y al Hijo propicios para interpelar al Padre" (D 4).

Celebró también con frecuencia la Misa en honor de nuestra Señora, durante la cual experimentaba "un sentir y representármeme nuestra Señora" (D 29); "con mucho sentir y ver a nuestra Señora mucho propicia delante del Padre, a tanto que, en las oraciones al Padre, al Hijo y al consagrar, no podía que a ella no sintiese o viese, como quien es parte o puerta de tanta gracia, que en espíritu sentía. Al consagrar me mostraba que estaba su carne en la de su Hijo, con tantas inteligencias, que sería imposible escribirlas" (D 31).

¡San Ignacio sintió la presencia mística de la Virgen, como Madre, Reina y Mediadora, de una manera intensa e inefable!

Lectura para el noveno día:

¡San Ignacio, hecho fuego, vibra con todo su ser, alma, cuerpo y espíritu, ensimismado en oración apasionada!

Desde que se ordenó sacerdote (el 24 de junio de 1537) dejó pasar año y medio para celebrar su primera Misa, con la ardiente esperanza de celebrarla en Tierra Santa, en el lugar mismo en que nació el Niño-Dios.

Este largo tiempo lo ocupó "preparándose y rogando a la Virgen que le quisiera poner con su Hijo" (A 96).

Mas ante la imposibilidad de viajar a Palestina y sin esperar más, quiso celebrar su primer Misa el 25 de diciembre de 1538 en la basílica romana de Santa María la Mayor, donde se veneraba desde la antigüedad un famoso pesebre que conservaba reliquias del pesebre de Belén.

Allí ofreció el santo Sacrificio "con muchos sentimientos espirituales y con ilustraciones divinas". A partir de aquel fausto acontecimiento la jornada diaria del Santo giraba en torno de la celebración de la Misa, a la cual dedicaba el mayor tiempo posible.

Por la mañana comenzaba su preparación a la Misa con una prolongada oración y rezaba muchas oraciones vocales en sustitución del Oficio de las horas, del cual le había dispensado el Papa, debido a su dolor de ojos causado por la abundancia de lágrimas.

A continuación hacía la "oración preparatoria de la Misa", con el misal en la mano, leyendo y meditando cada una de las partes y -como él decía- "apropiándose las oraciones" de la misma, quiere decir, haciéndolas suyas, asimilándolas, saboreándolas, haciendo suyos los deseos de la Iglesia, orando con ella y como ella.

Durante la Misa (que solía durar más de una hora) experimentaba grande efusión de lágrimas y sollozos, éxtasis, visiones intelectuales o imaginarias, sintiendo apretársele el pecho por el inmenso amor y dulzura interior, abrasándose en ese calor, perdiendo, en parte, la vista, de tanto llorar, perdiendo también, momentáneamente, el habla... ¡hasta llegar a enfermar!

La acción de gracias después de la Misa solía durar dos horas, arrobado en altísima contemplación.

De la Misa, como de una fuente abundante e inagotable, sacaba san Ignacio el discernimiento y la fuerza para gobernar la Compañía y el celo apostólico que le consumía.

Pero la gracia mística más típica en la vida de san Ignacio fue, sin duda, el don de la "loquela", como él mismo la llamaba, recibido durante la celebración de la Misa.

Se trata de un raro fenómeno, cuya naturaleza el Santo nunca explicó suficientemente, y ha quedado envuelta en el misterio...

Parece ser que se trataba de palabras suavísimas, un oír interiormente una especie de habla o música celestial, generalmente mezclada con lágrimas, con una significación inteligible que sólo san Ignacio sabía penetrar.

Distingue el Santo dos especies de "loquelas", una externa, otra interna.

En la externa siente el deleite que le produce "el tono de la loquela, cuanto al sonido" (D 234).

En la interna (de más valor), lo que le deleita es "la significación de las palabras y de la loquela" (D 234).

Leamos, a modo de ejemplo, este párrafo del Diario (222):

"Las lágrimas de hoy me han parecido muy distintas de todas las anteriores, porque han brotado tan lentas, internas, suaves, tan sin estrépito o mociones grandes, que parece como si fluyeran tan de dentro, que no sé explicarlo. Tanto la loquela interna como la externa me han empujado totalmente al amor divino y al deseo del don de la loquela concedido por obra divina, hallándome con tanta armonía interior por la loquela interna, que no lo puedo expresar".

Santa Teresa también escuchó "un lenguaje tan del cielo, que aquí malamente se puede entender, por más que queramos decir, si el Señor no lo enseña por experiencia" (Vida, 26).

De manera que hasta con lo dicho...

San Ignacio ha llegado a las cumbres de la mística, a la unidad armoniosa de la sabiduría experimentada; infusa, a la fruición contemplativa de la "música callada" (como diría san Juan de la Cruz), una como antesala del cielo...

Leemos en el Diario (224):

"En la Misa y después de la Misa, he tenido muchas lágrimas. Eran como las de ayer, y el enorme gusto de la loquela interna semejaba o recordaba el de la loquela o música celestial".

San Ignacio había sido siempre un apasionado de la música, sobre todo de la música sacra, y del canto litúrgico de la misa y del Oficio de las horas, "tanto que, como él mismo me confesó -dice el P. González de Cámara en su Memorial- si acertaba a entrar en alguna iglesia cuando se celebraban estos oficios cantados, luego parecía que totalmente se enajenaba de sí".

¡Y, sin embargo, aquella música era muy poca cosa comparada con esta música celestial!

Y así se fue apagando lentamente la vida de nuestro amadísimo patriarca, cuya alma bienaventurada vivía ya más en el cielo que en la tierra, hechos sus ojos una fuente de lágrimas

por el exceso de un amor a Dios dulcemente "insoportable", escuchando esa melodía inefable, compuesta por el Músico divino, que le embriagaba y sacaba fuera de sí.

Es significativa aquella visión en Manresa, como ya vimos, cuando, rezando el Oficio de las horas de nuestra Señora, "se le empezó a elevar el entendimiento como que veía a la Santísima Trinidad en figura de tres teclas, y esto con tantas lágrimas y tantos sollozos, que no se podía valer" (A 28).

¿No fueron, acaso, aquellas tres teclas, símbolo de las tres divinas Personas, como el primer divino "acorde" del preludio de una sinfonía patética, apasionada?

Y, para terminar, imaginemos a san Ignacio durante aquella noche de verano, en la terraza de su casa de Roma, solo, extático y con lágrimas en los ojos, contemplando, como solía, las fulgurantes estrellas del cielo, la patria añorada, donde habita y le espera el Rey de la gloria...

¡Dejémosle así, en reverencial silencio!

¡Oh bienaventurado Ignacio, ayúdanos, te suplicamos, a seguir tus pasos, con fe y valentía, cayendo y levantando, a nosotros, pobres mortales, que todavía vivimos (como tú decías) "en la miseria de la triste vida"!

HIMNO A SAN IGNACIO DE LOYOLA

Letra: *Francisco Luis Bernárdez*

Música y arreglo: *R.P. José Luis Torres-Pardo C.R.*

1. Hoy que en la paz de las almas dormidas
vuelve a sonar el clamor furibundo
con que los negros clarines del mundo
ponen terror en las manos vencidas;

2. Danos tu amor, capitán sempiterno,
danos tu fe, San Ignacio dichoso,
para luchar con tu ardor milagroso
contra las armas sin fin del infierno; *(bis)*

3. Hoy que en la tierra sin frutos ni flores
alza en la sombra sus armas arteras
para segar nuestras altas banderas
y sofocar nuestros vivos tambores;

4. Deja un momento el glorioso baluarte
que con tu inmenso valor conseguiste,
y sobre el mundo que ayer sometiste
alza de nuevo el divino estandarte; *(bis)*

5. Hoy que las dulces murallas del Cielo
brillan tan lejos de nuestra esperanza,
que nuestras manos sin fe ni confianza
dejan caer sus espadas de hielo;

6. Junta en un haz nuestras almas dispersas
y, con el fuego que brilla en la tuya,
danos la luz que resista y destruya
la decisión de las sombras adversas; *(bis)*

7. Hoy que las lanzas de todas las dudas
rompen el hierro de nuestros escudos,
hoy que el error con sus dardos agudos
hiere otra vez nuestras almas desnudas;

8. Haz que a través de las fuerzas malvadas
y entre el fragor de las armas dolosas
nos acerquemos, por sendas gloriosas,
a la ciudad de las torres soñadas; *(bis)*

9. Hoy que los puños son puños sin bríos,
hoy que los ojos son ojos cerrados,
hoy que los labios son labios callados,
hoy que los pechos son pechos vacíos;

10. Con el poder de tu espada invisible
abre una brecha en los muros celestes,
y entra por ella con todas tus huestes
para gozar de la paz invencible. *(bis)*

